

9

Yo, mí, me, mío

Lecciones del egocentrismo

Mi hijo y yo volvíamos en coche a casa. Era de noche, el paisaje oscuro se desvanecía velozmente hacia atrás y la luna, casi llena, flotaba sobre la silueta de los árboles a nuestra izquierda. “La luna me sigue, papá”, me dijo desde su asiento detrás de mí. “Yo me muevo, pero la luna siempre me sigue”.

Con cinco años y fiel a su etapa de desarrollo, mi hijo era incapaz de hacer una observación objetiva, separando a la luna como objeto de su experiencia. Lo que observaba (el aparente movimiento de la luna) le pasaba a él y sucedía en relación a él (la luna *le seguía*). Para los niños de entre más o menos un año y medio y los siete años (a veces menos y a veces más), los acontecimientos y fenómenos a su alrededor tienen que ver exclusivamente con ellos, porque el universo solamente es imaginable en función de sí mismos.

Convivir con personas que ven el mundo a su alrededor como un cúmulo de experiencias que les suceden a ellos, por causa de ellos o para ellos, no es un plan idílico. Como si fueran asignaturas obligatorias de la carrera universitaria de Crianza y Educación, padres, madres, cuidadores y educadores debemos cursar *Egocentrismo Agudo* (el período incendiario que comprende los 2 y 3 años) y *Egocentrismo Avanzado* (el final declinante entre los 4 y los 7) para diplomarnos. Ya quisiéramos, pero no hay manera de cambiar el Programa de Estudios.

El egocentrismo de los niños puede poner a prueba muchos aspectos de nuestro carácter, pero sobre todo el temple y la paciencia. Pero como bien saben los educadores de hijos adolescentes,

el despunte del ego a partir de aproximadamente los dieciocho meses tiene una importancia decisiva en las etapas posteriores, *especialmente* entre más o menos los 12 y los 18 años. En mi caso, la vida me ofreció simultáneamente una hija adolescente y un hijo egocéntrico y no fue difícil encontrar los temas comunes a ambos.

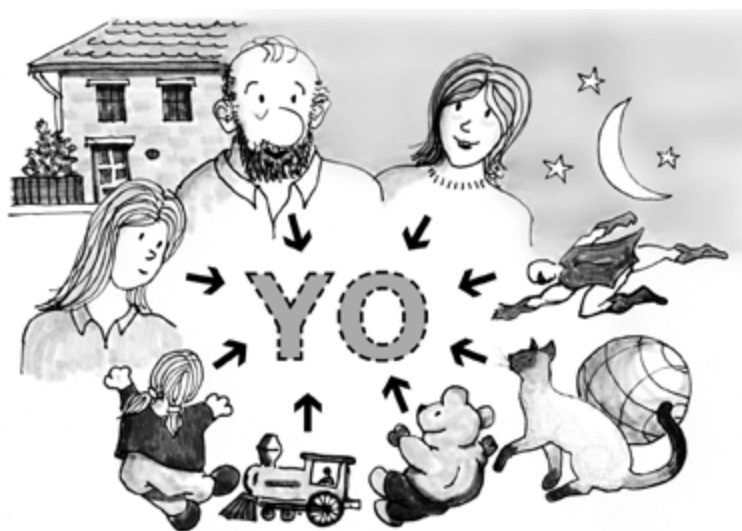
Esto no es una ley tallada en piedra y conozco varias excepciones, pero es posible que hasta más o menos los 5 años, y con resabios menguantes hasta alrededor de los 7 u 8, los niños no muestren ninguna consideración por las necesidades de las personas que los rodean, *especialmente* las de su padre y de su madre. Y de manera *especialmente especial*, ignorarán las necesidades del cuidador con quien han desarrollado su apego principal. Esta figura es, en nuestra cultura actual, más frecuentemente la madre.

Mi amiga Susana, maestra en una escuela infantil de Madrid, me contó que una mañana fue a trabajar al cole sintiéndose triste por la muerte reciente de un familiar. Una de sus alumnas de cuatro años, que no había asistido al cole el día anterior, al encontrarse con su maestra notó su estado de ánimo. “¿Qué pasa?”, le preguntó la niña. A Susana, que sabe que los niños perciben todo con más agudeza que la mayoría de los adultos, en especial los estados emocionales, no le sorprendió la pregunta. La maestra miró a la niña a los ojos y le contestó que ese día estaba un poco triste. La niña le dijo sonriendo: “¡Claro! Estás triste porque ayer yo no vine al cole”.

El egocentrismo de los niños puede ser así de simpático, pero más frecuentemente será exasperante. A veces yo miraba el comportamiento de mi hijo y tenía la impresión de estar en compañía de un verdadero loco. ¿Cómo puede ser, pensaba yo, que este personajete, quien ya es capaz de tener conversaciones sorprendentemente sofisticadas conmigo acerca de las circunstancias de tal o cual superhéroe, tenga tan pocas herramientas para imaginarse las mías?

Pronto caí en la cuenta de que sus observaciones sobre los superhéroes tenían que ver únicamente con sus preferencias aplicadas a sus juegos con ellos. Los poderes o características del personaje tenían

importancia como una representación fantástica de *sí mismo*. Nada más. Todo giraba en derredor del montaje de su propia identidad, en este caso a través de los atributos y situaciones de los héroes de historieta.



El cerebro egocéntrico está al servicio de la construcción del Yo.

Lo que yo consideraba su egoísmo patológico podía sacarme de mis casillas, pero no era egoísmo ni era patológico. **Mi hijo estaba gobernado por la ley natural del egocentrismo: mi realidad es la única y por lo tanto es la realidad de todos.** (Y luego hay personas que piensan que ser maestra/o de escuela infantil y primaria no es una profesión muy exigente y no defienden aumentos en sus salarios).

Fuera de algunas excepciones, estas son las premisas generales de un niño menor de seis años: si yo siento frío, *hace frío*; si yo sé algo, todos lo saben; si algo sucede, está necesariamente relacionado conmigo; si yo necesito algo, todo mi entorno debe responder (o como mínimo, mis cuidadores principales); si algo me mola, a todos debe molarles, y si yo deseo algo, no hay ninguna

razón por la que no deba tenerlo. Y cualquier parecido con ciertas personalidades de la vida pública es mera coincidencia.

Volviendo a mi hijo menor, recién alrededor de los siete años él podía, *a veces*, darse cuenta de que yo no era capaz de adivinar lo que él asumía que yo debía saber y, muy paulatinamente, comenzó a explicarme un poco las cosas. Una de mis fuentes de humor favoritas en esa fase (si uno no encuentra el humor en la convivencia con un enano egocéntrico puede llegar a evaluar la opción de entregarlo en adopción) es cuando los pequeños cuentan alguna anécdota de su día en el cole: es desopilante escuchar cómo dan por descontado que los oyentes conocen los detalles del argumento, sin que ellos tengan que mencionarlos. Y luego se sorprenden muchísimo cuando hacemos preguntas para intentar seguir el cuento.

¿Acaso no es obvio?, parecen preguntarnos cuando han hecho una narración fantástica en la que no hay secuencia temporal posible y no queda claro siquiera qué personajes intervinieron en ella. Este humor desopilante (en comparación, los Hermanos Marx parecen locutores de la BBC) es posible cuando los niños no tienen claro dónde acaban ellos y dónde empieza el resto del mundo. Y dan por hecho que los demás (especialmente su madre o su padre, quienes le adivinan el pensamiento) están al tanto y pendientes de su propio mundo interior, que los consume con dudas, miedos y emociones poderosísimas.

Otro de los campos en donde se manifiesta el egocentrismo es en la propiedad de los objetos. Los parques son el escenario de dramas cotidianos cuando padres y madres no comprenden que las pertenencias del niño de hasta más o menos seis años son estrictamente suyas. No se trata del carácter del niño, sino de su etapa de desarrollo. “Hay que compartir”, les dicen a los peques con tono almibarado, ignorando que en el diccionario egocéntrico ese verbo no existe.

El niño considera que el juguete es suyo y poco más. **Es muy posible que hasta considere que el juguete sea una extensión de sí mismo, de su precaria identidad en ese momento.** Si para

un adulto no es natural prestarle su coche a un desconocido que lo aborda en el parque “porque hay que compartir”, es igualmente lógico que un pequeño no quiera soltar su camión amarillo en el arenero. Y no por eso es un niño “malo” o “egoísta”.

Por supuesto que podemos obligar a un niño a que comparta sus juguetes de la misma manera que adiestramos a una foca para que se yerga sobre sus aletas traseras y sacuda una banderita con su morro. Pero lo hará solamente para evitar las consecuencias de nuestro enfado o para acceder a los beneficios de alguna recompensa. Aprender a compartir requiere ser consciente del otro y eso, muy a nuestro pesar, llega varios años más tarde.

Esperar que ceda alegremente su camión amarillo a otro niño demostrando “su buena educación” es desear que sacuda la banderita para que el público aplauda (el aplauso, claro, será especialmente apreciado por su padre o su madre). Podrá desprenderse de su juguete si se aburre de él o si quiere experimentar con la interacción con el visitante, pero lo más normal es que esté absorbido con su camión, porque es *suyo*, le gusta mucho y ahora lo tiene *él*.

Ejemplo: es hora de ir a casa de la abuela y el niño dice que no quiere ir sin su muñeco de Spiderman, que, por supuesto, no aparece por ningún lado. (Nota: cuando tenemos prisa con niños, se verifica que los objetos que necesitamos para poder salir de casa permanecerán ocultos un lapso de tiempo directamente proporcional a la prisa que tengamos). El padre le explica que ya es hora de subir al coche y que, si quiere un juguete, tendrá que elegir otro.

El niño repite que quiere a Spiderman. El padre busca al hombre araña un poco más, pero ante su fracaso le deja claro a su hijo que, con o sin Spiderman, es hora de ir a casa de la abuela. El tono de esta última frase revela que es un ultimátum y el niño estalla en una patalata.

Esta escena, cotidiana en cualquier familia, se desarrolla en dos universos casi completamente paralelos. Por un lado, el padre tiene, más o menos, una visión de conjunto del problema. Desde su óptica, está el niño, está él, está la abuela, están los horarios y los planes, están sus opiniones acerca de la actitud de su hijo (es

un malcriado), están sus recuerdos de la historia previa al episodio y en base a ella se imagina los posibles desenlaces del conflicto. También es periféricamente consciente de Spiderman y de los otros juguetes de su hijo, y tal vez se le ocurra mencionar el muñeco de Batman (que está bien a mano) como alternativa.

En una realidad completamente distinta está su hijo, quien, antes de considerar a nadie o nada, está absorbido por una imperiosa necesidad de afirmar su identidad. Spiderman es un vehículo para ese fin y, aunque bien podría ser cualquier otro, hoy es ese. Él lo ha dicho claramente: quiere llevar a *Spiderman* a casa de su abuela. *Obviamente*, ningún sustituto sería aceptable. En su cabeza hay una voz que dice “Spiderman, Spiderman, Spiderman” incesantemente, sin descanso. En su mundo, en ese instante (no hay más que ese instante), principalmente existen su deseo de individualidad y Spiderman.

También está su papá, por supuesto, pero no como él mismo (el niño es incapaz de definir intelectualmente a su papá) sino como el obstáculo para conseguir a Spiderman. No hay abuela, no hay compromisos, no hay futuro, no hay plan B, no hay posibles desenlaces. Y entre su padre y él, su naturaleza le impone que debe prevalecer él, a toda costa. Cuanto más innegociable sea su posición, menos precario será su sentido de identidad.

Porque prevalecer en lo que su padre no dudará en considerar su “capricho” significa existir como entidad individual, es decir, *¡ser alguien!* La necesidad biológica de construir su “yo” es instintiva. Y en el caso de estar presentes uno o varios hermanos, su impulso de diferenciación probablemente se multiplique exponencialmente. Para el endeble armazón intelectual de ese niño, que le mencionen a Batman, ¡a Batman!, es un insulto al sentido común.

Cuando nos vemos en este tipo de situaciones, muchos padres nos preguntamos: ¿le damos una colleja? ¿Le metemos en el coche y le gritamos “¡a callar!”? ¿Dedicamos quince minutos más a buscar al hombre araña? ¿Hacemos cuenta de que no pasa nada y dejamos que la madre se encargue? ¿Lo ignoramos o esperamos hasta que se le pase? Porque (leímos algo así en un libro de crianza)

debemos permitir que los pequeños desarrollen su identidad, ¿no?

Ninguna de estas opciones. Para que los niños puedan construir su “yo”, necesitan los límites, firmes, pero respetuosos, que les ayuden a delimitar ese “yo”. Ellos por sí solos no pueden hacerlo; si por ellos fuera, seguirían pidiendo a Spiderman durante dos horas o toda la tarde. Sin límites propios, ellos creen que el mundo debe ponerse a sus pies y por ello piden (o exigen) hasta que los adultos les decimos “no”.

Nuestros límites les enseñarán que ellos no existen en una burbuja y que sus necesidades y deseos están tejidos en una urdimbre familiar con los de los demás. Y que, aunque serán escuchados, no siempre prevalecerán. Eso es diferente de darle una colleja y mandarle a callar. Y también es distinto de entrar en casa a seguir buscando al superhéroe de marras y llegar media hora tarde a comer a casa de la abuela.

Esta escucha incluye decirle que comprendemos que se sienta frustrado, pero que si no quiere a Batman, ya buscaremos a Spiderman a la vuelta. Y aguantar la rabieta empatizando con su malestar y comprendiendo que no es un caprichoso, sino que, naturalmente, *quiere ser él mismo*. Pero ahora nos vamos a la casa de la abuela y se acabó.

En algunos niños el período egocéntrico será más virulento que en otros, pero lo más probable es que, en algún momento, un padre primerizo tenga sus niveles de paciencia bajo mínimos y pretenda que su hijo salga temporalmente de su ensimismamiento y colabore. La experiencia y los expertos nos dicen que eso, desgraciadamente, en la mayoría de los casos es como pretender que reciten a Cervantes en suajili. ¿Por qué?

La respuesta es sencilla: el niño se comporta como un perfecto desconsiderado porque *biológicamente no tiene otra alternativa*. Todos sus recursos están ocupados con su propio desarrollo. **Su egocentrismo no es una faceta de su personalidad sino un proceso estructural de su niñez para desarrollarse como individuo y tener mejores opciones de sobrevivir.**

A los adultos nos conviene saber esto para aplicar los límites

y la contención necesarios sin caer en la intolerancia. El trato abusivo que los niños egocéntricos reciban de sus cuidadores (los gritos, la violencia física, las descalificaciones, las humillaciones, etc.) tendrá un gran arraigo emocional en su psiquis y no es inusual que sientan (sin palabras) la culpa de ser merecedores del abuso: “algo habré hecho”. Desde su sesgado punto de vista, en esta fase las cosas suceden *para ellos y debido a lo que ellos han o no han hecho*.

Lo que nos toca a padres, madres y cuidadores es administrar esa fuerza vital para que cumpla su propósito, sin reprimir la personalidad emergente ni cultivar un egoísmo perenne. Para encontrar este esquivo punto medio es muy valioso tener en cuenta que ese pequeño emperador que nos lleva al límite de nuestra cordura **no es un niño obcecado ni un loco, sino un individuo en ciernes que necesita contención y referencias**. Y que la idea general es hacer esto sin perder de vista nuestro vínculo afectivo. Si a alguien esto le resulta fácil de hacer, *¡chapeau!*

Volviendo a aquella noche, regresando a casa con mi hijo en el coche, le contesté que sí, que parecía que la luna le seguía. Con cinco años habría sido un lío intentar darle una explicación astronómica que difícilmente encajaría en su concepción de la realidad. En esta edad temprana la conexión con el niño no estriba tanto en la veracidad científica del contenido, sino en la sintonía con su etapa de desarrollo. A comentario mágico, respuesta mágica. Ya llegará el momento de contarle la rotación de la luna más adelante.

Y ese “más adelante” llega antes de que nos demos cuenta. Por supuesto no sucede de un día para el otro, pero a partir de los seis años el egocentrismo salvaje de los niños empieza a menguar. Con siete años bien cumplidos, ante una distracción de mi hijo, le comenté que parecía estar en “la luna de Valencia”. Él no había oído nunca la expresión y charlamos acerca de su significado, no en términos astronómicos sino idiomáticos. “En realidad, es la misma”, me aclaró él. “Porque aquí y en Valencia vemos la misma luna”, y me miró con una sonrisa satisfecha.

No sé desde qué momento entendía esa verdad, pero las capacidades que le permitieron tal grado de abstracción seguramente habían aflorado recientemente. **Mi hijo había tenido su gran revolución Copernicana: él ya no era el centro del universo.** O, al menos, no lo era siempre. Cortados casi todos los vestigios del cordón umbilical, orbitaba alrededor del sol como cualquier cuerpo celeste, prácticamente exento de su madre. La atracción gravitacional era aún potente, pero ya era capaz de imaginar a la luna de una manera neutral y objetiva.

Eso abría el campo para poder charlar de astronomía sin el dogma de que todas las estrellas, planetas, satélites y personas existiesen en función de él. Pero mucho más que eso, inauguraba su capacidad de lógica abstracta para hacer la transición del “yo” hacia el “nosotros”, que le ayudaría a comprender un poco mejor su lugar en el mundo.



Una amiguita de mi hijo, con casi tres años, tenía la costumbre de quitarle la comida del plato a su mamá. Incluso a veces no la dejaba comer, diciéndole que esa comida era suya. La niña estiraba la mano buscando alejarle el plato y la madre le decía que no quería que se lo quitase. La niña volvía a intentarlo, de peor modo, y la madre le repetía el límite. Finalmente la niña se enfadaba diciendo que su madre no debía comer. La madre comía. Resultado: rabieta.

Lo sencillo sería decir que la niña tenía un capricho tonto. Más complicado es ver que con tres años la pequeña está intentando definir su propia persona con independencia de la figura de su mamá. Tal vez parezca un intento torpe de conseguir eso, pero ¡tiene solo tres años de vida! Sus recursos son limitados. ¿Podemos empatizar con la torpeza egocéntrica de los pequeños?

La idea que trata de encajar es, para ella, tan compleja como inquietante: ¿dónde termino yo y empieza mi madre? Hasta hace relativamente poco las dos eran una, en una simbiosis difusa,

oculta en la nebulosa de memorias casi perdidas para siempre. Ahora la niña necesita provocar el conflicto para tener el concepto claro: esa es mi madre y esta soy yo. *Ergo*, no soy mi mamá.

Unos días más tarde la niña cogió el tenedor y comenzó a ofrecerle comida a su madre. Ahora no solo dejaba que su madre comiera, sino que *ella misma* le daba de comer a la boca. Con ese intercambio de roles el cerebro de la niña afianzaba, una sinapsis a la vez, la noción de que madre e hija podían tener papeles reversibles y, por lo tanto, eran una distinta de la otra.

Aunque los padres no somos inmunes a la posible virulencia del egocentrismo de los hijos, no es probable que lo suframos tanto como las madres: en el caso de ellas, los niños deben procesar la separación de aquellas con quienes fueron una misma carne. **Para los pequeños, ese paso, con sus avances y retrocesos, significará un segundo nacimiento**, un abandono de la manera de entenderse a sí mismos, que los ha acompañado desde que precariamente recuerdan.

Muchos psicólogos dicen que por esta razón, en esta etapa, la presencia cariñosa y firme del padre (y también de hermanos y hermanas mayores) es fundamental en el destete emocional de los pequeños. Para que ellos puedan construir su “yo” tienen que *destruir* su antigua identidad unida a su madre. Esta demolición será violenta o gradual dependiendo de las circunstancias y del estilo de crianza y educación en cada familia. **Y el padre puede ser la figura de afecto que enseña el camino hacia un amor que no depende de una anterior simbiosis.**

Para los pequeños, papá es más o menos cercano, pero siempre (aparte de los casos de adopción) más *ajeno* que mamá. Si el padre está presente en casa durante el período egocéntrico de los niños y les transmite su disponibilidad afectiva, les ayudará a comprender cómo es eso de ser distinto de su madre sin perder su lugar en la familia. Sin esa ayuda, será la madre quien tendrá que promover la independencia de sus hijos en solitario, con el riesgo de que ellos (especialmente en el caso de los varones) se conviertan en adultos todavía dependientes de su mamá (y que los hay, haylos).

Durante el egocentrismo infantil los límites estarán a la orden del día y aquí también será beneficiosa la presencia del padre. No solo es mucho menos estresante compartir esta árida responsabilidad, sino que es más justo: a nadie le gusta ser el único “malo” que prohíbe (algo que pueden echar de menos los padres y madres separados o viudos, así como los miembros de familias monoparentales).

Este relevo a la hora de fijar límites es tan valioso para los hijos como necesario para los padres con poca experiencia. Los hijos egocéntricos serán para ellos una excelente escuela para las etapas que vendrán luego. El egocentrismo infantil es el ensayo general para los años de necesaria rebeldía de la pubertad.

Además, poner límites a los niños, día tras día, en su etapa egocéntrica es una práctica fundamental para fortalecer el vínculo con ellos. Muchos padres creen que ser permisivos o mantenerse alejados durante los años tempranos de sus hijos les evita estos fastidios... y cuando quieren ponerles límites en la adolescencia, se dan cuenta de que no tienen práctica y que su vínculo no soporta las tensiones. Para esos padres que han estado mayormente ausentes, gestionar las ansias de independencia de los chavales es como querer controlar un Airbus A380 sin haber cumplido sus horas de vuelo al mando de una avioneta.

En el tránsito del egocentrismo se verificará la madurez de la relación entre los cuidadores y los pequeños durante los meses que eran bebés. Uno de los indicadores será el coraje de los niños para emprender los descubrimientos de la siguiente etapa. Y, paradójicamente, cuanto más estrechos, cálidos y dependientes hayan sido los lazos entre los cuidadores principales y los hijos durante los meses iniciales, más orgánico será su vuelo hacia su nueva individualidad. **Hay que apegarse bien primero para despegarse mejor después.**

Aunque los bebés se topan con límites desde muy temprano, cuando nuestros hijos egocéntricos nos desafían e intentan imponer su nueva voz, ponen sobre la mesa un tema que tal vez haya estado oculto durante años: el poder en la familia. El ejercicio de ese poder o, mejor dicho, **la gestión de los distintos grados de poder en**

la familia, se pone en marcha desde las primeras semanas del bebé. Y para los padres, quienes a menudo (pero por suerte cada vez menos) heredamos mandatos culturales parecidos a que “en mi familia mando yo”, revisar esa gestión puede no ser fácil.

La administración del poder en la familia, trasladable a la autoridad que ejercemos los educadores en las aulas, es central en el paquete de valores que transmitimos a los niños. Y como ya sabemos, el poder tiene un importantísimo sesgo de género. En el ámbito doméstico, en particular, no es inusual que el egocentrismo consentido de los varones se trate de distinta forma que el de las niñas. En cada familia es distinto, pero vale la pena observar cómo acompañan papá y mamá los destellos de individualidad de sus hijos, según su sexo.

¿A quién empoderamos más con nuestros estímulos? ¿A quién censuramos con nuestros mensajes implícitos? ¿En quién toleramos más las salidas de tono y la desconsideración hacia los hermanos menores? ¿De quién esperamos más esfuerzo a la hora de colaborar en las tareas domésticas? ¿Con quién estamos más dispuestos a claudicar ante sus enfados egocentristas? ¿A quién le exigimos más contención, silencio y sacrificio en un conflicto?

Esta igualdad en la educación del poder es difícil de llevar a cabo porque estamos condicionados por la cultura en la que vivimos y probablemente no hayamos sido educados así. Toca formarnos en igualdad.

Gran parte de esta necesaria formación es emocional, porque el poder del egocentrismo de nuestros hijos e hijas chocará con el nuestro, que puede estar aún latente, pero no tan reconocido. Nuestros sentimientos (por ejemplo, la frustración ante el sacrificio y la energía que exige la crianza) nos pueden complicar la administración de sus torpes egos emergentes y nos pueden hacer caer en excesos. Es sano reconocer que a menudo los cuidadores y educadores nos enzarzamos con los niños en peleas de egos heridos.

Por ejemplo, si humillamos o despreciamos a los niños en su etapa egocéntrica podemos causar un congelamiento de la maduración de esa etapa. La terapeuta Marisol Vázquez ha verificado

una consecuencia recurrente en los casos de adultos que han vivido un egocentrismo infantil avergonzado, culpado o reprimido más o menos antes de los siete años: es como si ese niño que ha sido descalificado permaneciese latente en la adultez.

A quienes han sufrido invasiones o abusos al intentar desplegar su “yo” emergente les puede quedar una herida abierta, pero oculta, que tiende a reaparecer especialmente cuando llegan los hijos propios: **les cuesta mucho respetar la naciente individualidad de sus hijos, porque no les respetaron la suya.** Ya sea bajo la forma de narcisismos no resueltos o en forma de culpas que no caducan, esas asignaturas pendientes tienden a condicionar sus relaciones personales, especialmente con niños.

Muchos hombres y mujeres que conocí en charlas o talleres arrastran el yugo de los remordimientos y la vergüenza desde su niñez. En repetidas ocasiones sintieron (a menudo sin palabras) que “su individualidad era un problema para papá y mamá”. Cuando intentaban expresar su mundo interior (confuso y emocional), recibían descalificaciones o humillaciones. En esos casos, ya de adultos pueden desarrollar personalidades dependientes, inseguras o sumisas. Aun hoy muchos sienten el desánimo de pensar que, hagan lo que hagan, “nunca son suficientemente dignos de ser amados”.

Otros, perennes Napoleones, tienen enormes dificultades a la hora de compartir o de negociar términos comunes en relaciones de pareja o en el trabajo, ya que no pueden tolerar la idea de ceder en sus pretensiones personales. **Ceder los pondría en contacto con recuerdos demasiado dolorosos de cuando fueron avasallados sin respeto.** Piensan que buscar un consenso con otros sería traicionar ese anhelo infantil de individualidad que ha quedado trunco, pero que sigue vigente con fuerza.

Jean Piaget lo deja claro: los niños que no pueden vivir plenamente su egocentrismo, cuando son mayores “se consideran a sí mismos y a sus opiniones e intereses como lo más importante y válido. Probablemente continuarán siendo incapaces de asumir diferentes marcos de referencia, opiniones o puntos de vista distintos de los suyos”.

A primera vista, Piaget parece darnos una descripción de muchos ejemplos de la clase política a lo largo de la historia, pero nos afecta, en mayor o menor medida, a todos. Tras un egocentrismo no tutelado (ya sea demasiado consentido o aplastado), la madurez de la *individualidad integrada en la sociedad* de los niños se posterga. Los aprendizajes de cómo compatibilizar respetuosamente lo que ellos quieren en concierto con sus semejantes quedan pendientes. Y las consecuencias de esta inmadurez se manifiestan mucho más allá de sus familias.